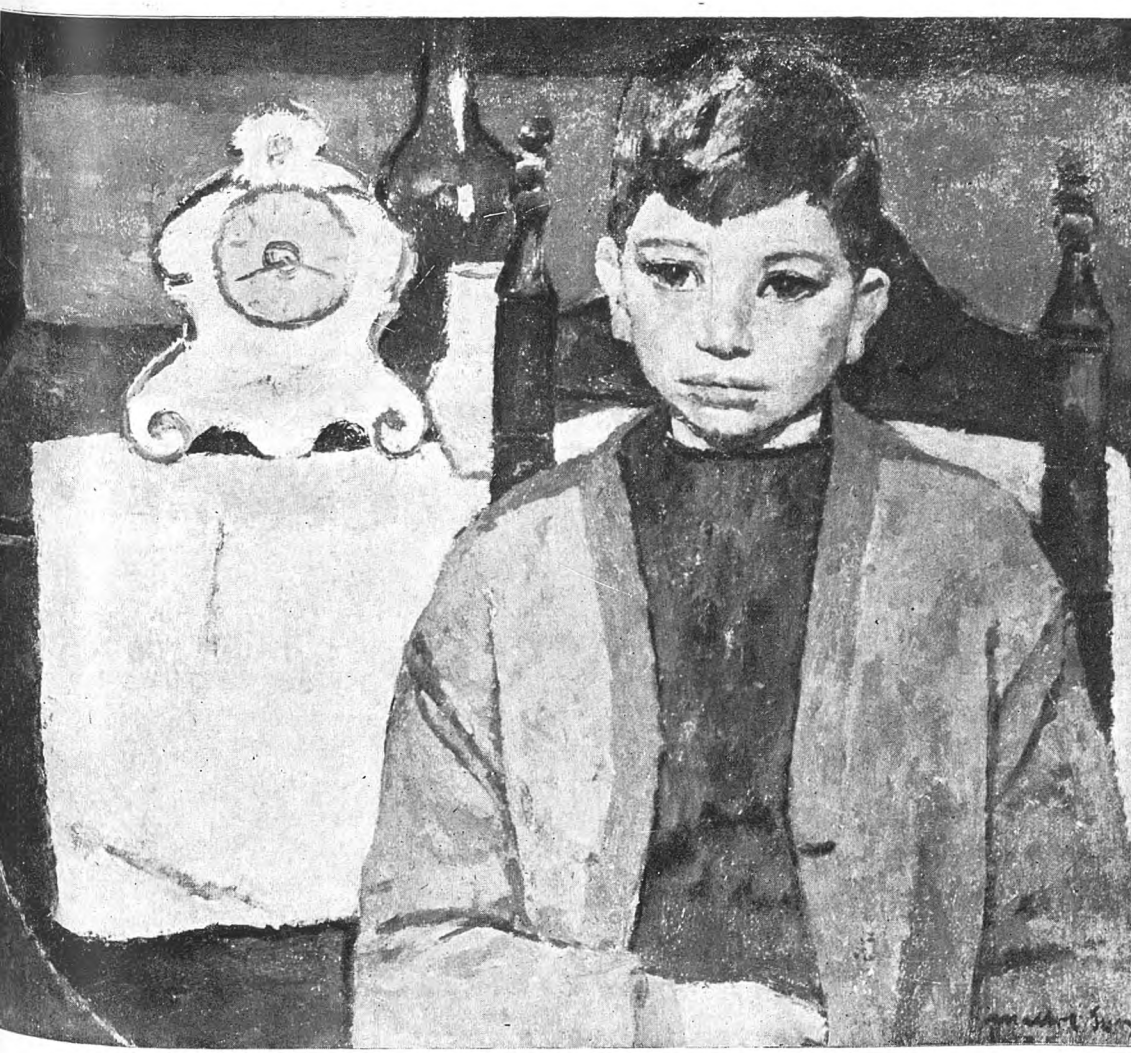
¡Cómo le gustaría pintar a Edgar Neville! Su exposición en la Sala San Jorge es una maravillosa broma; broma llena de intención, de gracia, de falta de alguien que hiciera los cuadros que Edgar Neville piensa con tanto talento, ya que es uno de los escritores que con más inteligencia pasea todos los días por esta ciudad de Madrid. ¡Ojalá hubiera muchas exposiciones como la de Edgar para que la pintura se renovara con un espíritu, que la hace tanta falta... Edgar ha hecho lo que debía, que no es poco, en tiempo en que pocos hacen lo que deben; ha mostrado el resultado de sus ocios; lo ha mostrado con una gracia —en el mejor sentido—, con un buen entendimiento, que es importante contemplar; pues, desde luego, en su obra hay muchas más cosas que en esas exposiciones que firman unos y otros, y hasta algunos "trágicos", que por fortuna para ellos no saben lo que es la tragedia.—MANUEL SÁNCHEZ CAMARGO.

CRONICA DE POESIA

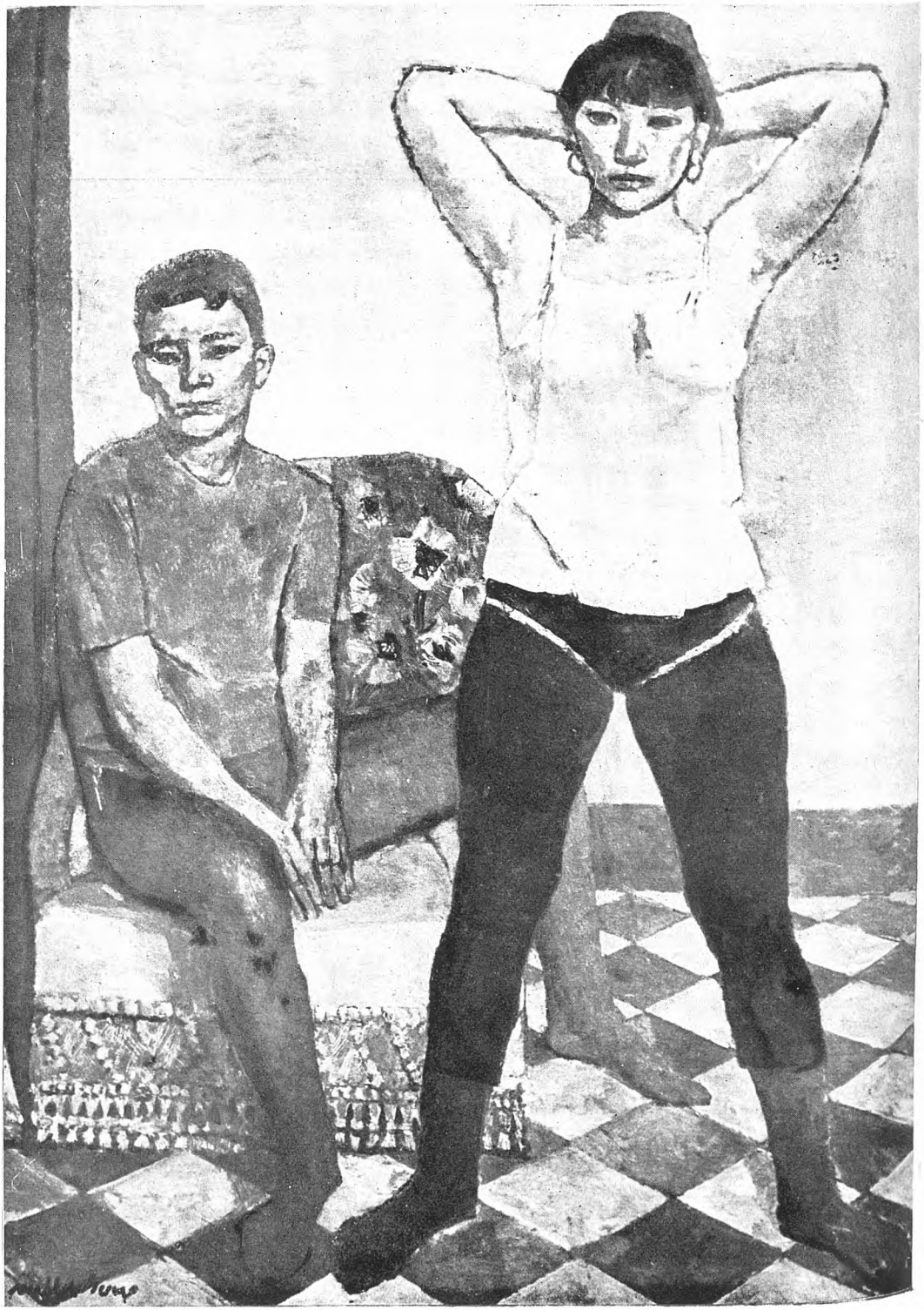
Primorosa de papel, rotulación y tipografía, agraciada con tres airosas tintas de Arnaldo Ciarrocchi, esta breve y romanísima entrega de Mario dell'Arco (1) nada tiene de breve en cuanto a la largueza de su gracia. Gracia de la de verdad, de la que no abunda, manantiada y sencilla como la de Mozart, aflorada al papel sin congoja, deformación ni esfuerzo. Gracia con mayúscula, implicada de amor, de ternura y, muchas veces, como no, de secreta y ennoblecedora melancolía. "Voz del pueblo, voz del cielo." Pues bien: aquí está esa voz jugando la doble partida que la copla del Sur asienta y declara. Un raro y feliz maridaje de cultura y pueblo se afirma en este libro menor, pero delicioso, cuyo tono y atmósfera apenas si podemos aparejar, por la memoria arriba, con algunas raras canciones de Galicia, Castilla y Andalucía, ciertos poemas breves de Rafael Alberti o el "Messieur Miroir" de Philippe Soupault.

Pero dos grandes barreras se interpondrán de por vida entre este libro encantador y una más o menos nutrida masa de lectores; es casi de rigor conocer ciertos aspectos del espíritu y la vida de Roma para gustarlo de lleno, y está escrito en uno de los dialectos que, con el italiano, acapara en uso exclusivo la Ciudad Eterna: el romanesco de evidentes dificultades de compresión y dotado de una

(1) *Roma,* de Mario dell'Arco. Ed. dell'Arco. Roma.



JOSE M.ª MALLOL ZUAZO.—*Composición.*



JOSE M.ª MALLOL ZUAZO.—*Dos figuras en el taller.*

peculiaridad de giros y vocablos penosamente asequible incluso al lector italiano no familiarizado con ellos. Mas he aquí que lo que constituye las mayores limitaciones de este volumen es también su origen, su virtud, su frescura y su encanto mismos. Pocos libros de poesía, antiguos o contemporáneos, alcanzarán, en su propia expresión lingüística, a llegar a calar tan hondo y con tan adecuados medios y percepciones en el espíritu de una ciudad. Picaresca y cordial, refinada como una joya y dejada ir al tiempo despreocupadamente, como un *stornello*, he aquí, por vía de ejemplo, una de las más gratas canciones del libro: "San Pietro Pescatore". Nostálgico de sus años de Tiberíades, San Pedro tira las llaves cada noche, al filo de las últimas preces, y se escapa al río; a la mañana, la vieja devota de turno, ya dispuesta para el beso ritual, descubrirá sobre el pie de la imagen la inexplicable presencia de una escama de pez:

Ogni notte, svanita l'urtim'Ave-
maria, frulla le chiave
e schizza a fiume.
A punta d'arba esce
la prima messa - e nona, come apizza
la bocca ar bacio, vede
sur santíssimo piede
una scaja di pesce.

Muy oportunas "Notas y Glosario", aclaradores de los aspectos más difíciles y peculiares del libro, dan cuenta final del mismo.

* * *

He aquí un volumen (2) que, si algún día se permitiese el lujo de intentar nacer, elegiría la poesía behaviorista como espejo del tipo de poesía que no procede. Fiel a una línea constante de introspección y emoción, apasionadamente intimista, desveladora de las emociones más sencillamente humanas, fácil a la imagen, a la efusión, al tacto del entrañable contenido de las cosas, este libro, como, en general, toda la poesía de Pilar Paz, parece justo y cabal reverso de los métodos abstencionistas propugnados por las nuevas técnicas literarias y que encomiendan a la mera observación de lo exterior, descrito con fotografía y maquinal minuciosidad, el fruto, el sentido y la eficacia de la literatura escrita (como si los mundos de dentro, por complejos y cambiantes, no fuesen tan "objetivos" o más que los de fuera). Lo

(2). *La soledad, contigo*, de Pilar Paz Pasamar. Colección "Alcaraván". Arcos de la Frontera/Cádiz. 1961.

interior o, mejor aún, una capacidad de trascender inmediatamente el mundo exterior al cosmos interior, constituyen la divisa más acendrada y neta de este volumen, que confirma el notable talento poético de Pilar Paz, la auténtica y emotiva raíz de sus versos y la sabiduría expresiva que desde su primer libro, *Mara,* asiste el quehacer de la autora.

En las estancias de "El Hijo", primera parte de "La Soledad Contigo", hemos encontrado algunos de los poemas más dramáticos y vivientes en torno al misterio de la maternidad, asunto tan propicio a la poesía femenina que ha constituído siempre uno de los temas eternos de la misma. Las "Anotaciones", segundo canal del libro, consisten en ocho sonetos de perfecta acuñación, cuyo grano germinal, de tipo anecdótico en la mayoría de los casos, revela en sumo grado la riqueza verbal y la maestría técnica de Pilar Paz, sin gran perjuicio en ningún momento de su conmovida sustancia íntima. "Mundo Nuevo", en la parte final y tercera —que da título al volumen completo— es quizá el mejor poema de toda la entrega, junto a otros tan seguros y acertados como "La casa", "Junto al sueño" y "Amantes en la orilla". Dotado de una regularidad cualitativa, cuya ausencia en mayor o menor grado ya habíamos señalado en los anteriores libros de Pilar Paz, "La Soledad Contigo" es, sin duda y en cuanto a este importante punto, la más redonda entrega de la autora, si no la de mayor ambición de unidad. Se revela aquí y en fin Pilar Paz, en plena juventud, dueña de un pulso poético tan cierto como, al parecer, definitivo.

* * *

En "La buena vida", de Gabriel Celaya (3), queremos encontrar una reanudación del mejor y más característico acento del autor, aquel acento señalado a nuestro entender, y a lo largo de toda su extensa producción, en los volúmenes "Movimientos elementales", "Las cosas como son", "Las cartas boca arriba", "Cantos Iberos" y, muy especialmente, en "La buena nueva". Son éstos los más relevantes libros del poeta del Norte, los que dejan oír con mayor claridad y amplitud su voz fuerte y distinta. Una condición de canto salvaje, más arraigada en lo primitivo que en lo popular; una especia de himno sangriento que, partiendo de lo físico de las cosas y los seres los asciende a categoría de símbolo; una postura furiosamente vitalista y enamorada de la tur-

(3) *La buena vida*, de Gabriel Celaya. Colección "Poetas de Hoy", al cuidado de Manuel Arce. Publicaciones de "La Isla de los Ratones". Santander, 1961.

bación y del hervor de existir, han sido las líneas básicas de la poesía de Gabriel Celaya y lo que de más valioso nos lleva ofrecido la misma. La particularización y la canción, las derivaciones a ciertas líricas y temáticas más usuales, abordadas también a su modo por el poeta y que se encuentran, sobre todo, en sus últimos libros de poesía —de manera especial en "Cantata en Aleixandre" y en "Para vosotros dos"—, hacen aparecer su voz debilitada y, como diría Papini, "mancata". Mucho más épica que lírica, entendidos ambos términos en el más clásico y también en el más contemporáneo de los sentidos, la poesía de Gabriel Celaya tiene por naturaleza más de exclamación que de canto, más de grito que de confidencia, aspectos que, unidos a su evidente metal de veracidad y a la desnuda pasión de vida refleja en su poesía, configuran la legítima personalidad del poeta y se dan, remozadas, en este buen poema dialogado en el que la voluntad y el cuerpo, la vital alegría de un constante desafío al destino, el drama y el júbilo de la existencia, Marta, María, Lázaro, el Doctor, el chacolí de Guetaria y las lampernas de Ondarrabi "con su sabor de origen", parecen devolvernos al mejor Celaya, al más significativo e importante.—FERNANDO QUIÑONES.

LOS FUEROS MUNICIPALES Y LA REVOLUCION DE 1810

Surgieron las Comunas en España de la guerra con el moro. Los reyes otorgaron fueros municipales a las ciudades como premio a conquistas o estímulo para futuras luchas. El pueblo elegía cada año los alcaldes, y éstos, con la asistencia del Concejo, administraban la juscia, dirigían la policía y manejaban las finanzas.

El Fuero Viejo de Castilla —la Carta foral más antigua— se dictó como Código Municipal para la señorial y heroica Burgos, centro de las hazañas del Cid Campeador, y fué extendiéndose después a las demás ciudades y burgos de Castilla, heredera del genio político y de la vocación jurídica de la Roma imperial. Tan celosas se mostraron las ciudades de su autonomía política, que se confederaron en Comunidades para defender sus fueros de la ambición de los nobles o de la arbitrariedad de los reyes.

Terminada la lucha secular de la Reconquista con la toma de Granada, se consolidó la unidad política del Estado y se afianzó el poder real, pero a expensas de las libertades municipales. Sin embargo, aún así los reyes debieron jurar todavía mantener los fueros, privilegios